



EN PRESENCIA DE DIOS

CIEN CARTAS
SOBRE LA ORACIÓN

HENRI CAFFAREL

ACTUALIDAD ▲▼

HENRI CAFFAREL

EN PRESENCIA DE DIOS
CIEN CARTAS SOBRE LA ORACIÓN



Diseño: Ignacio Molano / Estudio SM

Título original: *Présence à Dieu*

Traducción de Mercedes Lozano

© 2000, Parole et Silence

© 2015, PPC, Editorial y Distribuidora, S.A.

Impresores, 2

Parque Empresarial Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

ppccedit@ppc-editorial.com

www.ppc-editorial.com

ISBN 978-84-288-2852-9

Depósito legal: M-17.157-2015

Impreso en la UE / *Printed in EU*

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la Ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de su propiedad intelectual. La infracción de los derechos de difusión de la obra puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos vela por el respeto de los citados derechos.

ÍNDICE

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN, Mercedes Lozano	5
INTRODUCCIÓN	9
1. «EL SEÑOR ESTÁ AQUÍ Y TE LLAMA»	11
1. Eres esperado	11
2. En la casa del Señor	12
3. Háblale	17
4. El consejo del viejo cura	19
5. Presentes ante Dios	20
6. «Habla, Señor, que tu siervo escucha»	22
7. La creatividad del amor	25
8. Lo esencial	30
9. Comportamiento en la oración	33
10. La oración, don de Dios	38
2. «MI PADRE Y YO OBRAMOS SIN CESAR»	40
11. Creer en el sol	40
12. La fábula del violín y el violinista	42
13. «Él le miró y lo amó»	43
14. Si Dios dejara de pensar en mí... ..	46
15. Yo me haré torrente	48
16. «Porque yo soy Agnes»	50
17. Este es el modo en que me ocupo de ti	52
18. Pides con demasiada timidez	54
19. Parresía	56
20. ¡Abbá, Padre!	58

3.	«BIENAVENTURADOS LOS POBRES»	61
21.	La oración del pecador	61
22.	La oración de Doña Prouhèze	63
23.	El ovillo de lana	65
24.	«Conozco mi pecado»	67
25.	Para el que se siente indigno de hacer oración .	70
26.	De los pies a la cabeza	72
27.	La oración del pobre	75
28.	Declararse en quiebra	77
29.	Dependencia	80
30.	La marca de agua	82
4.	«LA VIDA ETERNA ES QUE ELLOS TE CONOZCAN»	85
31.	Tiempo robado a Dios	85
32.	Reaccionar ante Dios	87
33.	Conocer para amar	89
34.	Carta a Paul y Monique	91
35.	A un novio	96
36.	El jardín árido	98
37.	«Escuchadle»	101
38.	«Las insondables riquezas de Cristo»	103
39.	El libro más sabio	105
40.	Orar delante del crucifijo	106
5.	«Es CRISTO QUIEN VIVE EN MÍ»	111
41.	«He rezado por ti»	111
42.	Él intercede sin descanso por nosotros	113
43.	«Si conocieras el don de Dios»	114
44.	«Cristo te iluminará»	118
45.	Ya no soy yo el que ora... ..	120
46.	Una semilla entre las zarzas	123
47.	Es Cristo quien ora en mí	125

48.	Su oración es mi oración	127
49.	Padre amado... ..	130
50.	Ven	133
6.	«SANTIFICADO SEA TU NOMBRE»	137
51.	Acordaos de Bichr	137
52.	«Adorarás al Señor, tu Dios»	139
53.	«Como alabanza de su gloria»	142
54.	Por ti	146
55.	En Ronchamp	147
56.	Carta a Jean-Pierre	149
57.	Segunda carta a Jean-Pierre	150
58.	Tercera carta a Jean-Pierre	151
59.	Cuarta carta a Jean-Pierre	153
60.	¿Ateísmo en los cristianos?	154
7.	«REUNIDOS EN LA UNIDAD»	158
61.	Codo con codo	158
62.	La hija pequeña del organista	161
63.	La escalera de Jacob	164
64.	Presencia de María	167
65.	Presencia de María (continuación)	168
66.	Ateísmo y oración	169
67.	Mimouna la Negra	172
68.	«En la brecha»	175
69.	Con los brazos extendidos	177
70.	Orar es cooperar	179
8.	«BIENAVENTURADOS LOS QUE TIENEN HAMBRE Y SED» ..	183
71.	Felicidad	183
72.	Esa hambre de absoluto	185
73.	Los gemidos del Espíritu	189
74.	«La esperanza no defrauda nunca»	191

75.	Que la oración sea ayuno antes de ser festín ...	196
76.	¿El donante o los dones?	198
77.	¿En total gratuidad?	199
78.	«Como una tierra sedienta...»	202
79.	Mendigo de Dios	205
80.	La gloria de Dios en primer lugar	207
9.	«MOVIDOS POR EL ESPÍRITU DE DIOS»	209
81.	Deposita tu ofrenda sobre la roca	209
82.	Oraciones de desierto	211
83.	Ese día habrá aprendido a orar	213
84.	La leyenda del cervatillo	214
85.	El reino del silencio	216
86.	La invitación al silencio	218
87.	El niño cautivo	219
88.	Ráfagas de oración	222
89.	Encontrar consiste en buscar	224
90.	Adoradores en espíritu y en verdad	227
10.	«EL QUE SE ADHIERE A DIOS FORMA CON ÉL UN SOLO ESPÍRITU»	233
91.	Quiero aprender a orar	233
92.	Meditación ante un retrato	235
93.	Mística	237
94.	Ser o actuar	242
95.	Saíd	245
96.	«Me verás solo de espaldas»	248
97.	La oración de una mujer humilde	251
98.	Jalones en el camino	253
99.	Eres tú	257
100.	El reposo de Dios	259

NOTA A LA PRESENTE EDICIÓN

El Padre Caffarel nació en 1903 en Lyon (Francia). Fue ordenado sacerdote en 1930 y murió en Troussures en 1996. En estos momentos está en marcha su proceso de beatificación, después de haber superado ya la etapa diocesana.

Hay una fecha decisiva que marcó toda su vida, la de su encuentro personal con Cristo el 23 de marzo de 1923: «En un instante Cristo se convirtió en Alguien para mí. Supe que le amaba y que me amaba, y que ese amor entre él y yo era para toda la vida. Aquello fue para mí como una línea de separación, con un antes y un después».

Henri Caffarel vivió y sirvió dos vocaciones complementarias; la primera, el descubrimiento de las riquezas del sacramento del matrimonio y la llamada a la santidad dentro de él, creando grupos de matrimonios con una espiritualidad y una pedagogía conyugal, y una metodología de reunión basada en la ayuda mutua. La segunda, la llamada a la oración, a la búsqueda de Dios, a propiciar el encuentro de cada persona con Cristo en lo profundo del corazón.

Su ministerio sacerdotal se inicia en el secretariado general de la Juventud Católica Obrera. Y también como capellán del movimiento *scout*. En 1939 funda los Equipos de Nuestra Señora (ENS), movimiento católico internacional de parejas unidas por el sacramento del matrimonio, que actualmente está extendido en 86 países.

En 1945 crea y dirige la revista *L'Anneau d'Or*, sobre amor y espiritualidad conyugal, que tuvo una gran repercusión en el pensamiento cristiano de la época. Funda también la

Fraternidad de Nuestra Señora de la Resurrección, movimiento para viudas. En 1956 crea el Centro de Preparación al Matrimonio, CPM. Las Fraternidades José y María, para matrimonios que aspiran a una mayor perfección cristiana, son también iniciativa suya.

En 1957 crea otra revista, única en su género, *Les Cahiers sur l'Oraison*, en la que aparecieron la mayoría de las cartas que forman este volumen. En 1959 invita a los hogares a hacer un tiempo de oración en el silencio de la noche; este movimiento recibirá el nombre de Los Intercesores, y actualmente unas cuatro mil personas pertenecen a él.

Desde 1960 a 1962 es consultor en la preparación del Concilio Vaticano II.

En 1966 es llamado para llevar la dirección espiritual de una casa de oración en Troussures. Lo acepta con alegría, pues su mayor deseo es profundizar en la intimidad con Cristo y atraer a los demás a esa intimidad. Crea también otra revista destinada a grupos de oración llamada *La Chambre Haute*.

En 1973 deja la dirección de los ENS y se retira definitivamente a Troussures para impartir las famosas semanas de iniciación a la oración en silencio, durante veintitrés años. En Troussures entrega su alma a ese Dios celoso y amante al que sirvió con pasión y lucidez toda su vida.

Mi marido Álvaro y yo pertenecemos a un Equipo de Nuestra Señora desde hace cuarenta y nueve años. Hemos aceptado diversas responsabilidades dentro de los Equipos a lo largo de estos años, de las cuales la última es la de responsables del Equipo Responsable Internacional (1988-1994). Con este motivo nos encontramos con el Padre Caffarel en Troussures. Su creatividad, realismo y visión profética nos emocionaron y nos sobrecogieron.

En el año 1988 lo conocimos más personalmente durante una semana de iniciación a la oración en silencio que hicimos

en Troussures con tres de nuestros cuatro hijos (el último era demasiado pequeño). Tanto ellos como nosotros quedamos marcados para siempre por esta profunda experiencia de oración hecha de palabras, actitudes y sobre todo de un silencio transformador.

Por ello considero un privilegio haber podido ocuparme de la traducción de este libro que, publicado en 1974, no ha perdido en absoluto actualidad y ha sido traducido a diferentes idiomas. He aprendido, he disfrutado, me he conmovido hasta las lágrimas, me he maravillado de la altura intelectual, poética y mística del P. Caffarel, de la sencillez, plasticidad y profundidad de su lenguaje. Para mí, esta traducción ha sido un regalo inapreciable y con esta convicción la ofrezco también a los lectores. Gracias una vez más, Padre Caffarel.

Me despido con la oración de Troussures:

¡Oh, tú que has puesto tu morada en lo profundo de mi corazón; que muchos, Señor, te encuentren en lo profundo de su corazón!

MERCEDES LOZANO

INTRODUCCIÓN

El Vaticano II ha recordado insistentemente a los laicos la exigencia evangélica de su «presencia en el mundo», pero –y esta parte quizá no ha sido suficientemente señalada– los ha exhortado también con la misma intensidad a hacerse en primer lugar «presentes ante Dios». En efecto, ¿qué tipo de presencia en el mundo tendrían unos testigos que no conocieran bien a aquel sobre el que deben dar testimonio, unos mensajeros que no escucharan a aquel cuyo mensaje deben transmitir o unos obreros que no siguieran las consignas del maestro de obras?

La oración es donde tiene lugar esencialmente ese hallarse en la presencia de Dios; hablo de esa oración que es en primer término adoración y ofrenda de uno mismo. Por eso, iniciar y ayudar a los cristianos a orar no ha sido nunca más urgente que en esta época en la que están tomando una conciencia más clara de su vocación apostólica y de sus tareas terrenales.

Esta es la razón de ser de este libro, que reúne cien cartas sobre la oración, muchas de las cuales ya han ido apareciendo en los *Cuadernos sobre la Oración*. Están agrupadas en diez capítulos que tocan diez temas fundamentales.

Este volumen no es un tratado sobre la oración. El que lo aborde así se sentirá decepcionado. Estas páginas no pretenden decirlo todo sobre el tema y no se presentan con la rigurosa lógica de un manual. Son más bien a modo de un intercambio, organizado desde distintos puntos de vista. Son respuestas que se van dando a preguntas espontáneas

y variadas que han ido surgiendo, en un tono cercano de conversación familiar. Sin embargo, no se puede dudar de que toda una teología de la oración está contenida en estas páginas, del mismo modo que se encuentra en ellas la experiencia de hombres de oración que han ido enriqueciendo la tradición cristiana a lo largo de los siglos.

También habría que evitar leer estas páginas de un tirón. Eso significaría no haber captado su mensaje. El deseo del autor sería que el lector no leyera más que una carta por día, y que esta carta se leyese como ha sido escrita, en un clima de oración, como tema de meditación, como una invitación a entrar en la vida de Dios.

El orden propuesto no es imperativo. Cada cual puede orientarse según sus necesidades después de consultar el índice o leyendo las introducciones que preceden a cada carta.

Y, sobre todo, es decisivo que el lector esté atento a interrumpir la lectura si se siente invitado al silencio interior. El único verdadero maestro de oración es el Espíritu Santo. Cuando él nos llama desde lo más profundo del ser, hay que dejarlo todo y mantenerse a la escucha.

«EL SEÑOR ESTÁ AQUÍ Y TE LLAMA»

Al definir la amistad o el amor nos limitamos a veces a describir los sentimientos y el comportamiento de uno solo de los dos que componen la pareja. Este mismo error aparece en muchas de las obras que tratan de la oración; se centran en la actividad del hombre, cuando la oración es encuentro e intercambio de amor entre Dios y el hombre; son dos personas que interactúan entre sí.

1. Eres esperado. 2. En la casa del Señor. 3. Háblale. 4. El consejo del viejo cura. 5. Presentes ante Dios. 6. «Habla, Señor, que tu siervo escucha». 7. La creatividad del amor. 8. Lo esencial. 9. Comportamiento en la oración. 10. La oración, un don de Dios.

1. Eres esperado

Cuando vamos a orar es preciso que tengamos la convicción de que Dios nos espera.

Una sensación de desasosiego nos invade cuando, al llegar a una ciudad desconocida (a un puerto, a una estación, a un aeropuerto), vemos que nadie nos espera. Por el contrario, si un rostro amable nos acoge, si hay unas manos que se tienden hacia nosotros, enseguida nos sentimos totalmente reconfortados, liberados de la dura impresión de encontrarnos

extraviados, perdidos. Ya no nos importan entonces esas costumbres, esa lengua, toda esa nueva ciudad desconcertante. Si para alguien al menos somos un amigo, soportamos con entereza ser, para todos los demás, un extranjero.

Nos anima también descubrir en la casa, en la familia que nos hospeda, los signos que muestran que nos esperaban. No necesitan decir mucho para que lo adivinemos; su acogida, una cierta calidad de atención, son suficientes. Y en nuestra habitación, esas flores, ese libro de arte (porque conocen nuestros gustos), son también una prueba de lo mismo.

Querría, querido amigo, que al ir a hacer oración tuvieras siempre la fuerte convicción de ser esperado; esperado por el Padre, por el Hijo, por el Espíritu Santo, esperado por la familia trinitaria, que tiene un lugar preparado para ti. Recuerda lo que dijo Cristo: «Voy a prepararos un lugar». Quizá me objetaréis que hablaba del cielo. Es verdad. Pero, justamente, la oración es el cielo, por lo menos en lo que tiene de realidad esencial; la presencia de Dios, el amor de Dios, la acogida de Dios a sus hijos.

El Señor nos espera siempre.

Aún más: apenas hemos dado algunos pasos cuando ya viene él a nuestro encuentro. Recordad la parábola: «Su padre lo vio de lejos y se enterneció; salió corriendo, se le echó al cuello y lo cubrió de besos». Y, sin embargo, ese hijo había ofendido gravemente a su padre. Eso no impidió que fuera esperado con impaciencia.

2. En la casa del Señor

Dios está en todas partes, es cierto, pero es sobre todo en el interior de nuestro corazón donde nos invita a unirnos a él para ese diálogo de amor que es la oración.

Étienne y Silvie, matrimonio sin hijos, médicos los dos, vienen a verme antes de partir a un país remoto donde solos, con dos misioneros, se van a dedicar a un grupo reciente de cristianos. Saben que será duro, que para resistir habrá que rezar mucho. Por ello me piden que les hable una última vez sobre la oración, que les dé algún consejo esencial. Y antes de despedirse me insisten para que redacte lo que les he dicho para llevarlo consigo.

Mis queridos amigos, durante siglos los caminos y senderos de Judea vieron, varias veces al año, interminables filas de hombres, mujeres y niños que se dirigían a Jerusalén.

Las cuestas de los montes de Judea son escarpadas, la sombra, escasa, el sol pega fuerte, pero nada podía desanimar a aquellos judíos piadosos que querían alcanzar el monte santo.

Conocemos bien los sentimientos que les guiaban y que sostenían su ánimo: encontramos su eco en numerosos salmos, que eran como estribillos para el camino, cantos de peregrinos.

¡Qué amables son tus moradas!
Suspira mi alma y desfallece tras de los atrios del Señor;
mi corazón y mi carne exultan tras el Dios vivo.
Solo un día en tus atrios vale más que otros mil;
prefiero el umbral de la casa de mi Dios que morar en la tienda
del impío (Sal 84).
¡Qué alegría cuando me dijeron: «Vamos a la casa del Señor»!
(Sal 122,1).

De vuelta a casa, a la hora de la oración, tanto si estaban dentro de ella como fuera, en el campo, se giraban en dirección a Jerusalén para alabar al Todopoderoso.

Un amor tan apasionado por su ciudad, una devoción tan grande por su Templo, una fidelidad tan presente a lo largo

de los siglos no tienen más que una explicación: Jerusalén, mucho más que la capital del reino, era la Ciudad del Señor. Y el Templo, el lugar donde Dios residía, donde uno estaba siempre seguro de poderle encontrar.

Encontrar a Dios, hablar con él, es la aspiración fundamental de cualquier persona religiosa. Esto era lo que ponía en marcha periódicamente a aquellas multitudes de creyentes. Los salmos nos revelan el fervor de todos aquellos buscadores de Dios.

Llega Cristo. Manifiesta su amor por Jerusalén, su respeto por la casa de su Padre, pero al mismo tiempo declara que el templo de Salomón ha perdido su significado, que debe desaparecer. En la hora de su muerte en la cruz, el velo del Santo de los Santos se rasga, como indicando que ese templo ha caído ya en desuso. Un templo nuevo, imperecedero, «reconstruido en tres días», va a reemplazarlo, el Templo de su cuerpo, de su Cuerpo místico. Allí y solo allí, de ahora en adelante, podrán los hombres encontrar a Dios.

Pero el que entra en ese templo se convierte a su vez en morada de Dios. Jesús nos lo ha confirmado: «Uno que me ama hará caso de mi mensaje, mi Padre lo amará y los dos nos vendremos con él y viviremos con él» (Jn 14,23).

Es una revelación sobrecogedora: ¿es posible que Dios haya desertado del templo de Salomón para habitar el alma de los creyentes? Sí, y san Pablo nos lo dice de manera explícita: «¿Habéis olvidado que sois templo de Dios y que el Espíritu Santo habita en vosotros?» (1 Cor 3,16); «Porque nosotros somos templo del Dios vivo» (2 Cor 6,16).

Este término «templo», que para nosotros es escasamente evocador, adquiere en la pluma del Apóstol, educado en la veneración y el amor al Templo de Jerusalén, todo su sentido. Hay que notar que en estos textos la palabra traducida por «templo» estaría mejor traducida como el Santo

de los Santos, ese centro del templo ligado a la presencia divina.

Así pues, Dios está en nosotros, en lo profundo del corazón; presente, vivo, amante, activo. Y desde ahí nos llama. Es ahí donde nos espera para unirnos a él.

Dios es seguro que está, somos nosotros los que no estamos. Nuestra existencia transcurre en el exterior de nosotros mismos, en esa periferia de nuestro ser, en la zona de las sensaciones, de las emociones, de las imaginaciones, de las discusiones... en esas afueras del alma, ruidosas e inquietas. Y si se nos ocurre pensar en Dios, desear encontrarlo, salimos de nosotros mismos, lo buscamos fuera, cuando él está dentro. Ignoramos los senderos del alma que nos conducirían a la cripta subterránea y luminosa donde reside Dios. O, si los conocemos, nos falta esa valentía que impulsaba a los judíos fervientes por los caminos de la Ciudad Santa. Quizá conquistar el centro de nuestro ser sea una empresa más ardua como la de llegar a Jerusalén.

La oración es abandonar esos alrededores tumultuosos de nuestro ser, de los que hablaba antes, es recoger, reunir todas nuestras facultades y hundirnos con ellas en la noche árida hacia la profundidad de nuestra alma. Allí, a la entrada del santuario, ya no queda más que callarse y estar atentos. No se trata de una sensación espiritual ni de una experiencia interior, se trata de fe; creer en la Presencia. Adorar en silencio la Trinidad viva. Ofrecerse y abrirse a su vida desbordante. Adherirse, comulgar con su esencia.

Poco a poco, de año en año, el vértice de nuestro ser espiritual, afinado por la gracia, se hará más sensible a la «respiración de Dios» en nosotros, al Espíritu de amor. Poco a poco nos divinizaremos y nuestra vida exterior será entonces la manifestación, la epifanía de nuestra vida interior. Será santa porque, en el fondo de nuestro ser, estaremos estrechamente

unidos a Dios santo; será fecunda y ríos de agua viva desbordarán de nosotros, porque estaremos unidos a la fuente misma de la Vida.

Queridos amigos, este es el «consejo esencial» que me reclamáis. Quiera Dios guiaros en la hora de la oración en esa tierra lejana. Os lo vuelvo a resumir en pocas palabras: hacer oración es acudir en peregrinación al santuario interior para adorar allí al verdadero Dios.

Y, si queréis que toda vuestra vida se convierta en una larga oración, una vida en la presencia de Dios, si os queréis convertir en almas de oración, aprended, a lo largo del día, a entrar a menudo en vosotros mismos para adorar a Dios, que os espera. No es necesario que el momento sea largo; una zambullida de un instante y volveréis rejuvenecidos, refrescados, renovados a vuestras tareas, a vuestros interlocutores.

Un humilde hermano, converso carmelita del siglo XVII, Lorenzo de la Resurrección, que había alcanzado una intensa vida espiritual, gustaba decir a aquellos que venían a consultarle que no hay medio más eficaz para llegar a una vida de oración continua y a una gran santidad que el de ser fieles a esta práctica que os comento: «Durante nuestro trabajo y otras actividades, incluso durante nuestras lecturas y escritos, incluso en las espirituales, y hasta durante nuestras devociones y oraciones vocales, debemos pararnos por un instante, lo más a menudo que podamos, para adorar a Dios en el fondo de nuestro corazón, disfrutar de su presencia, aunque sea un momento y como a escondidas».

«Señor, amo la belleza de tu casa y el lugar donde habita tu gloria». Al recitar ese salmo, los judíos pensaban en el Templo de Jerusalén; el cristiano evoca su alma de bautizado.

3. Háblale

Sepamos expresar espontáneamente, simplemente, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos a aquel que nos acoge.

Hace algunas semanas fui a la Trapa. El padre portero me acogió y me condujo, a través de largos pasillos claros, desnudos y silenciosos, a la celda del prior. Entré en una habitación, con los muros pintados de cal, sin ornamentos, sin imágenes, donde me esperaba un hombre silencioso y sereno. Su rostro era a la vez tosco y lleno de dulzura, no de una dulzura sensible, sino de una espiritualidad que dulcificaba sus marcados rasgos ascéticos. En su mirada se armonizaban el candor del niño y la sabiduría del anciano. Nuestro diálogo fue sincero. Llegó un momento en que comenzó a hablarme del día lejano que determinó la orientación de su vida.

Siendo adolescente frecuentaba un círculo recreativo juvenil. Un cierto jueves de invierno, al final de una larga tarde de juegos, el joven vicario había hablado de la oración a los más mayores, reunidos en la pequeña capilla. Nuestro amigo dejó que se fueran sus compañeros, aparentemente para ayudar al vicario a poner orden, pero en realidad quería preguntarle algo, y no sabía cómo empezar. Mientras barrían la sala, más fácil que hacerlo cara a cara, se decidió a preguntarle: «Usted nos repite sin cesar que hay que hacer oración, pero no nos enseña cómo hacerla». «¿De verdad quieres saber orar? Pues bien, François, ve a la capilla y háblale». «Fui a la capilla aquella noche –continuó el viejo monje–, y debí de permanecer mucho tiempo, pues me acuerdo de haber llegado tarde a casa y de que me riñeron severamente. Había orado por primera vez. Y creo que, desde entonces, nunca he dejado de hablarle». Acabada la confidencia, el padre prior se calló. Un cierto trémolo en su voz me hizo comprender

que evocaba aquel antiguo recuerdo con emoción, porque había sido el primer eslabón de una larga intimidad con Dios. El silencio se prolongaba. Yo no me atrevía a romperlo; estaba seguro de que él hablaba con el Señor. Sin duda le daba gracias por haber encontrado, a los quince años, al sacerdote que le orientó en el camino de la oración.

El consejo del vicario no era tan trivial como parecía. Por el contrario, provenía del hombre que, habiendo practicado asiduamente la oración, prefiere no perderse en una larga argumentación y se contenta con responder al adolescente deseoso de aprender a rezar con esa única palabra: «Háblale». No se dialoga con una sombra. Hay que tomar conciencia de la presencia de Dios para hablarle. Y para saber qué decirle es necesario que la fe despierte y busque. Y la obligación de encontrar las palabras exactas conduce a no quedarse satisfecho con impresiones evasivas, nos fuerza a expresar pensamientos, deseos, sentimientos concretos. Los méritos de este método son evidentes, si es que se puede calificar como mérito un consejo tan sencillo.

Muchos cristianos, cuando hacen oración, se dejan llevar por vagos ensueños, se compadecen de sí mismos, se adormecen en cálidas emociones piadosas, no consiguen nunca que su espíritu sea capaz de detenerse y concentrarse. ¿Por qué no escuchar y seguir el consejo del joven vicario? Quizá lo minusvaloran por orgullo o por pereza espiritual, o bien se imaginan que están más avanzados en los caminos de la oración, o bien porque detestan el esfuerzo.

He pensado que no podía dar mejor respuesta a tu carta que transcribiendo mi conversación en la Trapa. Tú también quieres aprender a rezar; escucha, pues, y pon en práctica el consejo del vicario.

Llegará un día en que tu oración ya no necesitará palabras, cuando tú, por decirlo de alguna manera, hayas domi-

nado el método o, más exactamente, cuando la gracia haya avanzado su obra en ti. Pero no quememos etapas y, por el momento, háblale.

4. El consejo del viejo cura

Más aún que nuestras palabras importan nuestras actitudes profundas. Y, de entre todas ellas, la respuesta del amor del hombre al amor de Dios, que consiste en desposeerse de uno mismo, en ponerse a la total disposición del Señor.

No hace mucho tiempo conocí a un campesino de Saboya que, además de su trabajo profesional, asume responsabilidades importantes en organismos agrícolas. Me habían hablado de su excepcional proyección cristiana. Me lo presentaron, nos contamos mutuamente nuestras actividades. Cuando le hablé de los *Cuadernos sobre la Oración*, su interés aumentó visiblemente. Adivinando que su reacción me ha intrigado, se apresuró a saciar mi curiosidad. «Cuando era joven, a menudo ayudaba a misa al viejo cura de nuestro pueblo. Un hombre curioso, rudo, tosco, silencioso, al que temíamos un poco, pero al que amábamos y casi venerábamos. La gente evitaba abordarle en la vida diaria, pero le consultaba sin dudar en caso de conflicto grave en su casa parroquial, más desnuda que la celda de un monje. Pasaba horas enteras en la iglesia, en oración. Un día, tenía yo unos catorce años, le dije: “Señor cura, a mí también me gustaría saber rezar”. Debió de ocurrir en su interior algo extraordinario, porque sonrió de una manera que las palabras son incapaces de traducir, él, al que nadie recordaba haber visto sonreír. Más tarde pensé que había esperado toda su vida que alguien le hiciera esa pregunta. Parecía tan feliz que yo

creí que iba a hablarme largamente allí en la sacristía, donde flotaba un vago olor a incienso. Desgraciadamente no puedo transmitir cómo era su mirada, clara, de una pureza intensa, pero al menos citaré textualmente su respuesta, que se resume en unas pocas palabras: “Cuando te acerques a Dios, piensa, hijo, con toda convicción que él está allí, y dile: ‘Señor me pongo a tu disposición’”. Y de nuevo, con su habitual tono huraño, continuó: “Venga, date prisa en dejar ordenado el roquete”. Comprendí más tarde que su tosquedad era simplemente un signo de pudor. Ese día aprendí a orar. Y ya va para cuarenta años que todos los días hago oración poniéndome “a disposición de Dios”».

Estarás de acuerdo conmigo en que esta historia vale tanto como un tratado sobre la oración. Perdona que no te escriba más extensamente. Intenta comprender, sin embargo, lo que significa estar a disposición de Dios. Eso lleva lejos. Hay que empezar por renunciar a disponer de uno mismo. Después hay que desposeerse de la propia persona. Abandonarse por completo a Dios, que él disponga como quiera, con su poder y su voluntad, de nuestro cuerpo, de nuestra inteligencia, de nuestro corazón, de nuestra vida.

No sé para qué intento explicarlo. No se puede comprender con palabras. Es mejor encomendarse al viejo cura, que seguramente ya habrá perdido su brusquedad ahora que ya ha encontrado a Aquel que buscaba, para que te ayude a obtener la gracia de estar a disposición de Dios.

5. Presentes ante Dios

Ese don de uno mismo no es verdadero si no lo actualiza una atención ardiente, todo nuestro ser presente ante Dios, todas nuestras facultades despiertas ante él.

Comparto con los dos la impresión de que vuestra vida espiritual en este momento está llegando a un punto muerto. Después de haber reflexionado y orado, he llegado a la convicción de que, mientras no dediquéis mayor tiempo a la oración, eso no va a cambiar. Por oración entiendo esencialmente lo que se conviene en llamar oración mental. Oración viene de *oratio*. *Orare* era para los romanos dirigir una oración a los dioses, defender una causa y, en sentido derivado, pronunciar un discurso. La oración mental es un intercambio del alma con Dios. Así lo han comprendido siempre los místicos. «La oración, me atrevo a decirlo, es una conversación con Dios», escribía Clemente de Alejandría. Para san Benito era «tratar con Dios». Para santa Teresa de Ávila, la oración mental era «un comercio de amistad en el que hablamos a solas con ese Dios por el que nos sabemos amados». Para Don Marmión, «un diálogo de los hijos de Dios con su Padre de los cielos bajo la acción del Espíritu Santo».

Estas palabras de conversación y de diálogo tienen, sin embargo, el riesgo de favorecer un equívoco, haciéndonos creer que la oración consiste esencialmente en hablar a Dios en nuestro interior, cuando se trata de un acto vital que nos compromete por completo.

Hay una expresión que, si le damos toda su densidad y todo su sentido, traduciría muy bien la actividad interior del hombre que ora: estar presente ante Dios. Permitidme, para transmitir mejor mi pensamiento, evocar un suceso que seguro que ha quedado bien vivo en vuestro recuerdo. Había ido a visitaros. Nada más abrirme la puerta tú me informas de que vuestra hija Mónica tiene probablemente una meningitis y me llevas a su dormitorio, que está en una semioscuridad. Tu mujer está sentada al lado de la cama de la niña, silenciosa, intensamente atenta a ese pobre rostro demacrado, a veces retira dulcemente un mechón de pelo de la frente de

Mónica. Cuando la niña abre los ojos, ella le responde con una sonrisa, ese tipo de sonrisa que las palabras no pueden describir. Ya sea ordenando el dormitorio como tomando rápidamente algo de alimento en la habitación contigua, la madre permanece intensamente presente a su hija. No hay una fibra de su persona ni un segundo de su vida que no esté orientado hacia Mónica. Así es, o al menos así debería ser, la oración: una orientación profunda del alma, un intercambio más allá de las palabras que, sin dejar de lado la comunicación, está teñido de algo más, una atención, una presencia ante Dios de todo el ser, del cuerpo y del alma, con todas las facultades alerta.

¿Tendría que dedicar más tiempo a defender ante vosotros la causa de la oración? Estoy seguro de que el pleito está ganado de antemano, que no sois de esos cristianos, por desgracia numerosos, que se niegan a reconocer su necesidad. No os oculto que me siento interiormente muy mal cuando tengo que multiplicar los argumentos para invitar a hijos de Dios a que se acerquen a su Padre, se abran a su intimidad, vivan en ella, le expresen su amor y su gratitud. ¿No resulta extraño que haya que insistir para que personas dotadas de inteligencia se preocupen por descubrir lo más apasionante de la vida, para que personas hechas para amar amen lo que hay de más amable, para que personas libres, y no esclavas, se pongan al servicio del Señor, para que personas creadas para la felicidad no se contenten con placeres minúsculos?

6. «Habla, Señor, que tu siervo escucha»

Para que nuestras palabras y nuestras disposiciones interiores sean agradables a Dios hay que preguntarle primero qué es lo que nos quiere decir y qué respuesta espera de nosotros.

¿Recuerdas lo que me contabas un día sobre Philippe? «Es un chico muy servicial, siempre dispuesto a hacer lo que le encargo; a veces es tal su prontitud que aun antes de saber lo que tiene que comprar ya ha salido corriendo». ¡Cómo se nota que eres su madre!, pensaba yo mientras leía tu última carta. Cuando llega el momento de tu oración cotidiana, no dudas un momento, te lanzas de cabeza, como Philippe, piensas en Dios, hablas a Dios, intentas que surja tu amor por él, incluso antes de haberle preguntado lo que él desea o lo que espera de ti. No creas que pretendo dirigirte elevadas consideraciones sobre la oración, solo quiero darte un consejo bien modesto, aunque no por eso menos importante: no comiences nunca tu oración sin haberte tomado un tiempo de preparación, sin haber hecho el silencio interior, sin haber interrogado a Dios sobre lo que debe ser ese cuarto de hora de oración.

Vuelvo a tu Philippe. Ese chico servicial es también un chico bien educado. Me he dado cuenta de que delante de lo que se suele llamar una persona importante se calla, deja hablar, aunque se muerda la lengua. ¿Por qué no haces tú lo mismo que has enseñado a hacer a tu hijo, delante de esa persona infinitamente más importante que es Dios? ¿Por qué no le dejas llevar a él la iniciativa del diálogo?

Comprende mi consejo: lo que te sugiero es que no te centres en lo que le vas a decir a Dios, sino que le preguntes a él lo que tiene que decirte, qué respuesta espera de ti, qué actitud profunda debes tener para complacerle.

Sé bien lo que me vas a replicar: «No soy una gran mística. Nunca oigo que Dios me hable. Además, no siempre hablo yo todo el tiempo, y jamás he oído su voz». ¿Estás completamente segura de que estás del todo atenta y de que desees escucharle?

Por otra parte, no te aseguro que puedas escuchar su voz de manera sensible. Es cierto que eso también hoy podría

ocurrir: san Pablo, temblando y deprimido, perdido en la gran ciudad cosmopolita de Corinto, escucha la voz de Cristo, que le reconforta con gran ternura: «No temas, sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo» (Hch 18,9-10). Pero no es la manera normal de actuar del Señor, ni siquiera con san Pablo.

Si los que acudís a la oración tomáis la costumbre de comenzarla con un momento de silencio atento, interrogante, pronto descubriréis en qué sentido se puede decir que Dios nos habla. A veces de ese silencio surgirá dulcemente un pensamiento, que tendrá sabor a oración; acogedlo con respeto; ofrecedlo para que madure un clima propicio. Recordad los versos admirables de Paul Valéry que también se podrían referir a la oración:

Paciencia, paciencia.
¡Paciencia en el cielo!
Cada átomo de silencio
madurará en un fruto.

Otras veces los pensamientos no aparecerán tan espontáneamente. Habrá que proseguir la reflexión en el silencio, buscando el modo en que vuestra oración podría responder a las expectativas del Señor. Por ejemplo, estáis contemplando las perfecciones de ese Dios en cuya presencia os encontráis, y quizá entonces se os imponga la necesidad de adorarle o de darle gracias o de humillaros ante él. O bien recordáis que el Espíritu de Cristo, en el fondo de vuestra alma, grita: «¡Padre, Padre!», y vuestra oración se hará adhesión de todo vuestro ser al amor del Hijo por su Padre.

O bien podría ser un acontecimiento familiar o mundial que se os aparece como debiendo inspirar vuestra oración, y entonces intercedéis por las personas que tienen necesidad de vuestra ayuda, como Abrahán en el encinar de Mambré,

implorando por las ciudades amenazadas con el fuego del cielo (Gn 18). Quizá os parezca que Dios no ha intervenido, que vosotros solos habéis buscado y decidido el tema de vuestra oración. Si os digo la verdad, si no os habéis precipitado de manera compulsiva, si humildemente habéis pedido ayuda al Señor, podéis pensar con razón que él ha sostenido desde el interior vuestro esfuerzo de reflexión, sin ser vosotros plenamente conscientes, y que él os ha llevado a comprender sus pensamientos, sus deseos. Reconoceréis que transmitir a otro nuestros pensamientos y deseos es ya hablarle.

Pero cuidado con no caer en el engreimiento; no imitéis a aquellos que se imaginan ingenuamente que las ideas que se les ocurren son ideas que vienen directamente de Dios.

De todo esto, lo que más me importa –tanto si sois principiantes como experimentados– es que retengáis sobre todo la frase del joven Samuel: «¡Habla, Señor, que tu siervo escucha!» (1 Sam 3,9).

Un viejo autor del siglo XVII, el P. Bourgoing, escribiendo sobre el tema que os he desarrollado, para apoyar su tesis daba un argumento incontestable: «Si la naturaleza nos ha dado dos orejas y solo una lengua es para mostrarnos que al conversar entre nosotros debemos escuchar dos veces más que hablar. Cuánto más con Dios».

7. La creatividad del amor

Igual que cada encuentro entre enamorados es único, del mismo modo nuestra oración, si la hacemos con un corazón atento y creativo, será cada día nueva, diferente.

¿Cómo es posible que, después de quince años de practicar regularmente la oración, esta me resulte actualmente tan árida, tan poco eficaz, sin luz y sin alegría?